LIII.

¡Oh, *Pípila!* ¿qué importa que tu nombre
aún se dude? El renombre
que tienes por tu hazaña esclarecida,
vive, y ha de vivir eternamente,
mientras tu pueblo aliente
sobre esta Patria, un átomo de vida!

El Milagro del Padre Serenito.

I.

Lector, escucha esta historia
que un minero me contó,
y que ha muchos años, yo
la conservo en mi memoria.

*

Cuantos el caso curioso
han oído relatar,
dicen que fué singular,
y por ende, prodigioso.

*

La gente, tal relación
comenta de varios modos;
pero no le encuentran todos
natural explicación.

UNIVERSITARIA

*

Y, hablando punto por punto
de cómo el hecho pasara,
dicen que la historia es rara
y hay milagro en el asunto.

*

Averiguar no he podido
si es verídico el relato;
pero ello es que en Guanajuato
hubo un Padre muy querido.

*

El tosco sayal de lana
de color azul, vestía:
el fraile pertenecía
á la Orden Franciscana.

*

Bajo aquella vestidura,
cuentan, que por sacrificio,
llevaba grueso cilicio
ciñéndole la cintura.

*

Y del hábito al través,
ricos y pobres veían
que unas sandalias cubrían,
ya medio rotas, sus pies.

*

De sus pupilas el brillo,
velaba el negro capuz,
las manos llevando en cruz
ocultas dentro el manguillo.

*

Fué de los tristes, consuelo;
por su vejez, respetado;
por su caridad, amado;
por sus virtudes, modelo.

*

Una ocasión, al cruzar
de «El Truco» la calle estrecha,
un descreído sospecha
por el vacilante andar,

*

que aquel anciano bendito
se halla ebrio, y con desdén,
exclama:—«allá, tén con tén,
viene el Padre Serenito.»

*

Sin inmutarse el anciano,
con humildad y cordura,
al pasar junto á él murmura:
—«Que Dios le perdone, hermano.»

UNIVERSITARIA

*

—«Yo le deseo todo bien;
su decir es inaudito;
pues el Padre Serenito
no viene aquí «tén con tén.»

*

Cambia el otro su arrogancia
y se conturba, al pensar,
cómo lo pudo escuchar
el Padre, á tanta distancia.

*

Y ve con aturdimiento
que el fraile, al doblar la esquina,
como una sombra camina
sin tocar el pavimento.

*

Y cuando tal cosa advierte,
se imagina con espanto,
si el clérigo será un santo,
ó la imagen de la muerte.

*

Temprano, por la mañana,
cruza del monte el sendero,
pues dicen que era minero
de la rica Valenciana.

II.

Por el «tiro» de la mina
se escucha sordo rumor,
luego, el administrador,
que hay algo grave, adivina.

*

Mineros manda al momento
á una «labor» que se explota;
bajan, y al punto se nota
terrible derrumbamiento.

*

Allá en los antros obscuros,
las luces van y se agitan,
y los operarios gritan
exhalando mil conjuros.

*

Sofocante polvareda
apenas deja mirar,
y se escucha el rebotar
de alguna peña que rueda.

*

Un «contracielo» ha caído;
y ve el «pueble» con asombro,
que bajo de tanto escombro,
mucha gente ha perecido.

UNIVERSITARIA

*

Arriba se oyen lamentos,
todo es llanto y confusión;
abajo, queda un montón
de cadáveres sangrientos.

*

Arriba, madres y esposas;
los hijos en la orfandad;
abajo, en la obscuridad,
cien escenas espantosas.

*

Aquí, de un hombre se mira
el cráneo despedazado;
se oye el ¡ay! del mutilado
y el estertor del que expira.

*

De pronto, en ese lugar,
una débil voz se escucha,
como la de alguien que lucha
y hace esfuerzo por gritar.

*

Y los que exploran adonde
se distingue aquel rumor,
llaman, y con estupor,
doliente voz les responde.

*

Y comprenden al instante,
que bajo el derrumbe, oculto,
pero aun vivo, está sepulto
un minero agonizante.

*

¡La situación es horrible!
No hay un resquicio, una entrada;
la roca es grande y pesada.
¿Moverla? eso es imposible.

*

Debe estar el hombre inerte;
pero vuelven á escucharlo;
¡Santo Dios! ¿cómo librarlo
de las garras de la muerte?

*

El que sepultado está
tiene que morir sin duda,
de la manera más ruda:
por el hambre y sed quizá.

*

De aquel infeliz minero
óyese la voz clamar
y por piedad implorar
—«Un padre; porque me muero...!»

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Parroquia de Valenciana.

III.

De la rica Valenciana
por el «tiro,» cauteloso,
bajando va un religioso
de la Orden Franciscana.

*

En todo accidente serio
que en las minas ocurrió,
solícito se le vió
cumpliendo su ministerio,

*

Fué del pueblo bendecido;
por su humildad, admirado;
por su vejez, respetado;
por sus virtudes, querido.

*

Tiene en Dios sus esperanzas;
juntos con él, alumbrando,
dos «morrongos» van cantando
fervorosas alabanzas.

*

Su presencia en tal lugar
suceso grave atestigua;
llega el fraile, se santigua,
manda al «pueble» retirar.

*

Y de la antorcha al fulgor,
del monte por la ancha grieta,
fantástica la silueta
se mira del confesor.

*

Al sitio que se le indica
se acerca, en él se coloca,
y al que está bajo la roca,
su presencia significa.

UNIVERSITARIA

*

Llama, inquiere con tesón,
y luego, con voz doliente,
escucha del penitente
esta triste cónfesión:

*

—«Padre,—le dice,—una vez,
al mirar á un sacerdote,
le lancé afrentoso mote
con impiedad y altivez.»

*

«Pero no me explico yo,
cómo viniendo distante
aquel Padre, en el instante,
mis palabras escuchó.

*

«Cuando junto á mí pasaba,
sin inmutarse el anciano,
que Dios le perdone, hermano,
pude oír que murmuraba.»

*

«Luego, con grande sorpresa,
y turbado el pensamiento,
sin tocar el pavimento,
miro que el Padre atraviesa.»

*

«Y cuando tal cosa advierto,
me imagino con espanto,
si será el clérigo un santo
ó el alma en pena de un muerto.»

*

«Hoy, que próximo á expirar,
en este sitio me véis,
os ruego me perdonéis. . . . !»
—Dios le ha de perdonar.

*

«Ahorrando todos los días,
he reunido con empeño,
dentro de un saco pequeño,
escasas economías.»

*

«Esa alforja llevo aquí
de mi cuello suspendida,
cuando yo exhale la vida,
tened compasión de mí!»

*

«Mi cadáver exhumad,
quitadme la alforja, oh, Padre,
y entregádsela á mi madre,
se lo ruego por piedad. . . !»

*

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

*

Cuando el penitente dijo
esta postrera expresión,
dió el fraile la absolución
y aquella roca bendijo.

*

Retiróse. Y entretanto
que en silencio caminaba,
de sus pupilas rodaba
en gruesas gotas el llanto.

*

Y de la antorcha al fulgor,
entre la lumbre rojiza,
parece que se desliza
la sombra del confesor.

*

Tiene en Dios sus esperanzas,
y lo van acompañando
dos «morrongos,» entonando
fervorosas alabanzas.

*

Arriba, el sol, el ambiente,
la vida, la libertad;
abajo, en la obscuridad,
sepulto está el penitente.

IV.

Tres días pasados van
después del derrumbe fiero,
y, por salvar al minero,
los otros luchando están.

*

Mas aquél, desesperado,
bajo la roca anfractuosa,
halla salida tortuosa
para un «campo» abandonado.

*

A tientas, esfuerzos mil
hace por salvar su vida;
y se arrastra en su guarida
medroso, como el reptil.

*

¿Qué hará allí? Su desventura
ha de aumentarse quizás;
lo que ha hecho, nada más,
es cambiar de sepultura.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

*

Que si á Valenciana baja
por una inculta «labor»
aun el minero mejor,
encuentra allí su mortaja.

*

Los que se han visto perdidos
dentro de aquellos arcanos,
de hambre devoran, sus manos,
y hasta los propios vestidos.

*

En tanto, el «pueble,» afanoso,
en su noble empresa está
incansable, y no se da
un momento de reposo.

*

La situación no le arredra;
y con empeño y porfía,
trabajando noche y día,
logra al fin romper la piedra.

*

Luego, un «morrongo» atrevido,
muchacho audaz y valiente,
de aquella minera gente
que en el peligro ha nacido,

*

por el «campo» abandonado
se pierde en la sombra densa,
sin zozobras, pues que piensa
que el otro estará extraviado.

*

Se interna, prosigue, avanza;
con su mecha el campo escruta;
más todo negro en su ruta
lo mira. . . . ¡No hay esperanza!

*

Clama, se inquieta, maldice
su situación tan atroz. . . .
—Dame luz; oye una voz
que entre las sombras le dice.

*

Suspenso se queda. Y cuando
vuelve á arriba la cabeza,
con el que busca tropieza,
quien lo está, fijo, mirando.

*

Y se imagina impaciente,
presa de gran emoción,
si será sólo ilusión
de su vista ó de su mente.

UNIVERSITARIA

*

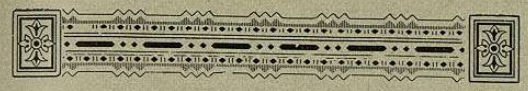
¡Él es. . . ! Su atención concentra;
la antorcha arrima, y al verlo,
apenas puede creerlo,
sano y salvo allí lo encuentra.

*

Y es conseja entre la gente,
que cuando el hombre salió,
su salvación refirió
de la manera siguiente:

*

Que por milagro inaudito
nunca pudo perecer;
pues de comer y beber
le dió el *Padre Serenito*.



El Conde de la Cadena.

I.

El veintitrés de noviembre
del gloriosísimo año
de mil ochocientos diez,
al derramar en ocaso
la lumbre del sol poniente
el último de sus rayos,
el toque de generala
y el tañido acompasado
de la campana mayor
de la Parroquia, anunciaron
á los habitantes todos
de la heroica Guanajuato,
que Calleja el Brigadier,
de brillante fuerza al mando,
en Molineros se hallaba
con su ejército acampado.
Allende, Aldama, Jiménez,
los mariscales de campo
Abasolo, Arias, Ocón,

UNIVERSITARIA